

CAPÍTULO II

GUERRA Y DERECHO SOBERANO

EN EL amplio panorama de la filosofía occidental, el tema de la guerra ha ocupado algunos momentos sobresalientes. Esto no es extraño dado que en todas las épocas el interés por el hombre —su naturaleza y sus prácticas— se ha mantenido más allá de los cambios de enfoques y corrientes. En efecto, “a pesar de las fronteras impuestas por los constructores de sistemas y por la inercia de la tradición, los grandes pensadores en todas las épocas se han dedicado a resolver el enigma de la naturaleza de la guerra y la paz... en un esfuerzo por definir las condiciones de un mejor futuro para la raza humana”.⁴⁶ Debe resultar claro, además, que la guerra no es un fenómeno que pueda ser examinado desde una sola perspectiva. Por el contrario, son numerosos los modos en que esta cuestión ha sido abordada de acuerdo con inquietudes acerca de su origen, sus condiciones, su posible justificación, su estrategia, sus consecuencias, su lógica interna, etcétera.

En lo tocante al problema de su justificación, ha sido éste un esfuerzo largo y lleno de dificultades. Un primer momento, como ya vimos, lo constituye la tradición de la guerra justa, antecedente obligado para todos los intentos posteriores de justificar o legitimar la guerra. Es importante tener en cuenta que aun cuando en dicha tradición se hable de un “derecho” de guerra, las razones en las cuales se apoya tal derecho tienen como referente, en última instancia, conceptos morales como el “Bien” y el “Mal” y no un conjunto de

⁴⁶Irving L. Horowitz, *War and Peace in Contemporary Social and Philosophical Theory*, p. 1.

normas que intenten regular los conflictos bélicos más allá de la valoración moral de causas y razones. La diferencia entre ambos tipos de derechos es fundamental: en el primer caso se considera que sólo una de las partes del conflicto tiene el derecho de recurrir a la guerra, mientras que en el segundo, las partes en conflicto tienen el mismo derecho al recurso y lo que se intenta es regular y limitar sus acciones. Esta igualdad de circunstancias queda establecida en virtud del concepto de “soberanía”, inherente a las naciones o Estados, cuya versión más acabada marca el ingreso del pensamiento político a la modernidad.

Me ocuparé entonces de este segundo momento en el cual están ubicados filósofos clásicos, como Hobbes y Maquiavelo, cuya preocupación fundamental es la reflexión en torno al poder político y el Estado, en la cual el derecho de la guerra resulta insoslayable. Diferentes en más de un aspecto, ambas concepciones, comparten una perspectiva “realista” de la guerra, en la medida en que la conciben como un recurso legítimo de los entes políticos –Estados o repúblicas– cuya función primordial es la de garantizar la seguridad de la comunidad, más allá de las consideraciones morales.

Maquiavelo: una visión realista de la guerra

La obra de Maquiavelo va asociada a una imagen de realismo político extremo en donde las consideraciones morales no tienen cabida. “El maquiavelismo” es sinónimo de ausencia de escrúpulos, frío cálculo político, ambición y malicia ilimitada. Qué tan responsable es el autor de *El Príncipe* de que estos juicios se hayan convertido en lugares comunes, es algo que mucho se ha debatido. Algunos estudiosos de Maquiavelo quizás hayan contribuido a crear ese mito, otros por el contrario, han intentado deslindarlo de las acartonadas interpretaciones que casi siempre impiden una correcta aproximación a la obra de este gran pensador de lo político.⁴⁷

⁴⁷ La obra de Maquiavelo, especialmente *El Príncipe*, ha dado lugar a una extensa bibliografía, tanto a favor como en contra, que incluye a muy diversos autores desde Federico el Grande que escribió un *Anti-Maquiavelo* hasta el clásico *Le Machiavélisme* de Charles Benoist (1936).

Es importante, por tanto, partir de una consideración que se hace indispensable para no perdernos en el *maremagnum* de opiniones a las que siempre da lugar la obra del célebre florentino: sus tesis acerca de la función del príncipe, los regímenes tiránicos, la república, la guerra, etcétera, obedecen a una motivación que rebasa el ámbito de lo teórico, su pensamiento emerge de la necesidad de impulsar un cambio en el estado de cosas de una Italia renacentista que conserva todavía los viejos patrones de los señoríos feudales pero que intenta emerger a nuevas formas de organización política.

Maquiavelo y los clásicos

Maquiavelo fue, ante todo, un observador cuidadoso de su tiempo. Frente a él se sucedieron revueltas sociales, incipientes repúblicas, intrigas palaciegas, alianzas políticas, invasiones y planes de guerra para combatir al invasor. Su insistencia en temas como la ambición y la fuerza para mantenerse en el poder por cualquier medio, se explican en gran medida por la inestabilidad imperante en la época. Ciertamente, Maquiavelo no fue el primero en plantearse el problema del poder político, antes lo habían hecho Platón y Aristóteles, por mencionar autores por él conocidos. Pero las ideas de estos filósofos ofrecían un tipo de reflexión demasiado abstracta y especulativa para quien, como Maquiavelo, pugnaba por un tipo de conocimiento práctico, que coadyuvara al cambio y no tanto a la sabiduría: "siendo mi propósito escribir cosa útil para quien la entiende, me ha parecido más conveniente ir tras la verdad efectiva de la cosa que tras su apariencia. Porque muchos se han imaginado como existentes de veras a repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos".⁴⁸ La referencia a la *República* de Platón es por demás clara y lo es también el deslinde efectuado: su trabajo consiste en hablar de lo que realmente son los hechos y no de aquello que es producto de la especulación.

⁴⁸ Maquiavelo, *El Príncipe*, cap. xv, p. 81.

Esta nueva ruta consiste en dar recomendaciones al príncipe, esto es, al fundador de una nueva república, para que logre obtener el poder y consolidar un gobierno estable y duradero. “*El Príncipe* nos enseña los medios de adquirir una permanencia personal y los *Discursos* nos enseñan cómo asegurar la consolidación de los gobiernos.”⁴⁹ Pero la verdadera novedad de Maquiavelo no consiste en la forma,⁵⁰ sino en el fondo. Estas recomendaciones no son sugerencias para ser un buen príncipe cristiano: bondadoso, justo, misericordioso con el enemigo, etcétera. El príncipe de Maquiavelo es el político astuto, inteligente y sagaz que no se deja intimidar cuando hay que aplicar la fuerza o la violencia de las armas, el que justifica el crimen, la sedición y la traición. La experiencia había probado a Maquiavelo que un príncipe tolerante y suave no podía mantenerse por mucho tiempo en el poder.⁵¹ Y tampoco el tirano cuyo único recurso es la imposición por la fuerza.

En realidad, Maquiavelo estaba convencido, al contrario de Platón, de que no existe el bien por sí mismo, *i.e.*, al margen de las circunstancias y de los agentes que en ella actúan. Uno de los argumentos empleados por él para oponerse a la idea del bien en sí mismo (llámese la belleza, la justicia, o algún otro) es que los bienes pueden traer consigo una carga de males o de resultados indeseables, por ejemplo, la paz socava el vigor de las naciones haciendo casi imposible que de ellas surjan hombres fuertes y capaces en el manejo del poder. Y también se da el caso de que las buenas consecuencias no siempre derivan de las buenas acciones: es más fácil imponer el orden y el espíritu solidario en una nación después de una guerra. Esta idea está claramente expresada en *El Príncipe*: “se encontrará que algunas cosas que parecen virtudes llevan, de ser practicadas, a la propia ruina, y otras que parecen vicios resultarán

⁴⁹ Pierre Mesnard, *El desarrollo de la filosofía política en el siglo xvi*, p. 37. Se refiere Mesnard a los *Discursos sobre Tito Livio* (1512-1519).

⁵⁰ En efecto, otros autores habían escrito recomendaciones a los príncipes: *De Regimine Principum* (1265) de Santo Tomás y Ptolomeo de Lucca; *De Regimine* (1285) de Gilles de Roma dirigido a Felipe el hermoso; *De Monarchia* (1311) de Dante; *Defensor Pacis* de Marsilio de Padua.

⁵¹ Pietro Soderini, que había encabezado una república de 1502 a 1512, ejemplifica este modelo de soberano, mientras Cesar Borgia ejemplifica al príncipe tirano.

en una mejor seguridad y beneficio”.⁵² Hay entonces acciones que en su momento pueden despertar el rechazo y el odio hacia el soberano, pero que a la larga se prueban como acertadas y benéficas e, incluso, evitan mayores males y sufrimientos. Por ello un soberano no debe buscar ser amado sino temido y respetado.

La violencia como medio

Al poder se llega por la voz del pueblo o por la fuerza de las armas. Ambos caminos están llenos de dificultades y riesgos. Como sea, para Maquiavelo es claro que lo importante es mantenerse en el poder empleando para ello cualquier medio, tanto los legales como los violentos, entiéndase el crimen, la traición, o el engaño. Las consideraciones morales no cuentan porque la posición del príncipe siempre es inestable, por lo que debe asegurarse de poder desarrollar los medios que le permitan enfrentar todo tipo de riesgos. Según Maquiavelo, existen dos modos de combatir: “una, con las leyes; otra, con la fuerza... pero como a menudo la primera no basta es forzoso recurrir a la segunda... lo que significa que un príncipe debe saber emplear las cualidades de ambas naturalezas y que una no puede durar mucho sin la otra”.⁵³

Por consiguiente, una parte central del argumento de Maquiavelo es el reconocimiento de que la fuerza de la ley es insuficiente para vencer en la lucha por el poder. En el combate político la ley es siempre limitada y temporal y no puede prolongarse por mucho tiempo su efecto coercitivo. Esto es así porque el soberano no sólo tiene que vérselas con los rivales al interior de su Estado, sino con otras naciones que intentarán también expandir su poder. Pero tampoco la fuerza puede actuar por sí sola. La lucha que implica mantener el poder descansa entonces en un equilibrio perfecto entre el empleo de la ley y el de la fuerza, una verdadera “aritmética política” en la cual los medios quedan determinados por los objetivos políticos que se persiguen.

⁵² *El Príncipe*, cap. xv, p. 83.

⁵³ *Ibidem*, p. 92.

Función y práctica de la guerra

Así, el oficio de la guerra se convierte en una de las tareas principales del soberano: "Un príncipe jamás debe dejar de ocuparse del arte militar, y durante los tiempos de paz debe ejercitarse más que en los de guerra; lo cual puede hacer de dos modos: con la acción y con el estudio."⁵⁴ El estudio es, en efecto, parte de la formación militar del nuevo príncipe, el fundador de la nueva república, por lo que Maquiavelo dedica su obra *Del arte de la guerra* (1519-1520), al análisis detallado de empresas bélicas concretas como las campañas de los antiguos romanos, o la incursión de los franceses en territorio italiano en 1494, entre otros ejemplos.⁵⁵ Todo ello con el fin de extraer un conocimiento práctico acerca del modo como deben ser dispuestos los ejércitos, la importancia de la moral en combate y, por supuesto, la disciplina. Algunas de sus aseveraciones, sin embargo, tienen la categoría de tesis generales acerca de la importancia del ejercicio militar en la vida de una nación. En el *Próemio* de dicha obra, hablando de la aparente contradicción entre la vida civil y la vida militar, Maquiavelo establece que

si nos pusiésemos a considerar las antiguas instituciones, no encontraríamos cosas más unidas, más conformes y que tanto se estimasen mutuamente como estas dos, porque todo cuanto se establece en una sociedad para el bien común de los hombres, todas las instituciones que regulan la vida en el temor de Dios y de la ley resultarían vanas si no se dispusiera mecanismos que las defendiesen.⁵⁶

Resulta claro entonces que aunque la guerra no siempre tenga que llevarse a cabo, forma parte de la vida civil y política de los

⁵⁴ *Ibidem*, p. 79.

⁵⁵ También su *Historia de Florencia* (1519-1520) da cuenta de la importancia que Maquiavelo concedía a la historia en conexión con la guerra y la política.

⁵⁶ Maquiavelo, *Del arte de la guerra*, p. 10.

pueblos pues es el mecanismo a través del cual se mantienen a salvo las instituciones. También en los *Discursos* (lib. III., cap. XVI) Maquiavelo deja claro que todas las instituciones deben ser orientadas hacia la guerra y que un Estado que teme a la guerra abre la puerta al enemigo y prepara el terreno para la discordia y la envidia que acaban por corromper a la sociedad.

Esto, sin embargo, merece una consideración más detenida: la guerra se convierte en la tarea principal del soberano porque éste debe tener como objetivo fundamental de gobierno... la paz. Bajo esta aparente paradoja se expresa una de las ideas centrales del pensamiento político de Maquiavelo: la idea de que no hay paz que pueda lograrse ni conservarse sin estar preparado para la guerra. En un texto conocido como *Palabras por decir* Maquiavelo expresa lo siguiente: "Toda ciudad, todo Estado, debe tener como enemigos a todos los que puedan esperar poder ocupar el suyo, y de los cuales no puede defenderse."⁵⁷ De modo que haría mal cualquier soberano en no considerar como enemigos a todos los que tienen la posibilidad de ocupar su lugar. Si un Estado vive en paz, el soberano debe pensar que esta paz nunca es un estado permanente y jamás debe creer que el modo de alejar la guerra es debilitando su poderío. Pero, además, los periodos de paz no deben prolongarse demasiado, porque existe el peligro de que deriven en corrupción y licencia. He aquí una idea más que interesante del pensamiento político de Maquiavelo: hay una relación directa entre el modo de dirigir la política exterior del gobierno y la situación política al interior del Estado. Un gobierno que teme a la guerra es un gobierno débil que, por tanto, auspicia la corrupción y a ésta se le combate por medios extraordinarios, esto es, con el uso de las armas. Dicho de otra manera: el soberano que teme enfrentar con las armas a los enemigos de fuera, tendrá que hacerlo en su propio territorio y contra sus iguales. Es evidente entonces el porqué de su insistencia en que el poder político se asienta en el poder militar y de la

⁵⁷ Maquiavelo, *apud.*, De Grazia, *Maquiavelo en el infierno*, p. 221.

unidad que forman en la vida de los pueblos. Son las dos caras de una misma moneda.

Sin embargo, para Maquiavelo no todas las guerras tienen razón de ser. Es cierto que en toda república hay la pasión por el engrandecimiento y esto implica la disposición a emprender la guerra cada vez que sea necesario. Pero la ambición de la república no debe confundirse con la ambición personal del príncipe. Una pasión desmedida puede llevar a una guerra inútil y de consecuencias negativas para el bien común.

El maquiavelismo: ¿doctrina sin moral?

A Maquiavelo se le atribuye la exaltación de todas las “virtudes negativas” (si se me permite tal expresión) de un gobernante. Leo Strauss, por ejemplo, afirma que “Maquiavelo fue un maestro de la maldad”,⁵⁸ y no son pocos los autores que se han hecho eco de tal opinión. Lejos de intentar defender la doctrina política de Maquiavelo, tarea que dejamos a los especialistas en el tema, debemos limitarnos a exponer algunas conclusiones sobre el modo como este autor concibe la justificación de la violencia, concretamente, en el caso de la guerra.

Hemos insistido en la necesidad de reparar en el contexto histórico del cual emergen las ideas políticas de Maquiavelo. Si bien esto puede considerarse algo trivial, en el caso del afamado florentino adquiere una relevancia especial. Como bien ha dicho Paul Mesnard,⁵⁹ a Maquiavelo le corresponde pensar lo político desde la perspectiva de un problema muy concreto de su tiempo: hay varias maneras de acceder al poder, pero sólo una de retenerlo: el equilibrio entre la ley y la fuerza lo que, ciertamente, no incluye las consideraciones morales. Retener el poder es entonces la cuestión fundamental a ser explorada a la luz de la experiencia política con-

⁵⁸ Leo Strauss es autor de uno de los estudios clásicos de Maquiavelo: *Thoughts on M.* (1958).

⁵⁹ Mesnard, *op. cit.*, “El maquiavelismo”, p. 60.

creta. Las máximas maquiavelianas son el resultado de una observación cuidadosa y detenida de los eventos y los personajes de una Italia que pugna por convertirse en una nación moderna. En este sentido, Maquiavelo se acerca más al científico que al filósofo. Su punto de partida es un problema perfectamente delimitado y definido, para el cual se construyen hipótesis a ser contrastadas por el príncipe. La doctrina de Maquiavelo no es una doctrina acerca del "deber ser", sino del más desnudo "es". Hay en su pensamiento un deslinde exacto entre el mundo del valor y el mundo de los hechos, esto es, de las acciones conducentes al éxito.

Una concepción tal no puede reparar en la problemática moral de un gobernante. Las acciones llevadas a cabo por él deben estar justificadas, esto es evidente, pero no por razones de tipo moral. La fuerza, la violencia, la guerra, son vistas a través de esta lente. Se trata de recursos cuya carga moral es secundaria, lo esencial es saber emplearlas: la conciencia moral queda relegada por la inteligencia que conduce a la acción. ¿De qué sirve una buena intención si ésta conduce a resultados indeseables? ¿Qué es mejor, evitar la guerra y con ello permitir la invasión, el caos, la servidumbre, o hacer la guerra y mantener el orden y la paz interna? Dado que estaba convencido de que las relaciones internacionales siempre implican las empresas bélicas, consideraba utópico e ingenuo el aplicar criterios morales a las decisiones de ésta índole. "Donde la seguridad del país depende de la decisión a ser tomada, ninguna consideración acerca de la justicia o injusticia, humanidad o crueldad, ni por la gloria o la vergüenza, debe permitirse que prevalezcan."⁶⁰ Maquiavelo estaba consciente de que sus recomendaciones al príncipe marcaban una ruptura, una "nueva vía", en gran medida por el papel secundario que daba a las consideraciones morales, como resulta claro en el famoso capítulo XVII de *El Príncipe*.⁶¹ Y sin embargo, me parece que no puede decirse que éstas fueran objeto del desprecio que a menudo se le atribuye. Para Maquiavelo, como es

⁶⁰Maquiavelo, *Discursos*, 2.7, p. 307.

⁶¹"De la crueldad y la clemencia; y si es mejor ser amado que temido, o ser temido que amado."

bien sabido, lo importante es conseguir el fin político, los medios son irrelevantes. Pero lo que no siempre se puntualiza es que ese fin político no es cualquier fin. El fin es una república equilibrada en donde se realice el bien común, "Maquiavelo es quizás el más grande teórico de la tiranía porque es también el más grande teórico de cómo un gobierno popular puede derrotar a la tiranía."⁶² Es así como el príncipe de Maquiavelo puede verse como el tirano que sienta las bases para nuevas formas de gobierno.

Quizás no esté de más preguntarnos si para nuestro autor puede haber guerras justas. Si por "justas" entendemos aquello que conviene al fortalecimiento del gobernante y, por ende, del Estado, la respuesta es claramente afirmativa. Si, por el contrario, el sentido de la pregunta se da en términos morales, probablemente Maquiavelo respondiese que ninguna guerra es justa, pero la mayoría de ellas necesaria. O quizás no esté tan alejado de Platón (a quien le atribuye una filosofía especulativa, desligada de las cuestiones prácticas) cuando en ese famoso pasaje de la *República*, afirma por boca de Trasímaco que la justicia es aquella que impone el más fuerte.

Hobbes: la guerra como barbarie y como derecho soberano

Entre las posiciones clásicas sobre el origen de los conflictos se destaca, de manera especial, la sustentada por Thomas Hobbes. Como es bien sabido este filósofo inglés del siglo XVII es uno de los más conspicuos defensores de la idea de que el hombre no es la criatura inocente y pacífica que, en gran medida, la religión cristiana nos induce a creer. Al igual que otros autores de su época, interesados en el estudio del contrato político, Hobbes parte de una visión antropológica para, desde ahí, explicar el origen del Estado. Así, una de las tareas del *Leviatán* es la de reconstruir el camino que lleva a la realización política de los hombres, *i.e.*, tender el puente entre el estado natural caracterizado por el conflicto permanente,

⁶²Roger Boesche, *Theories of Tyranny*, p. 165.

hacia la colectividad civilizada, atemperada por el poder superior del Estado, tal que “ningún poder sobre la tierra puede ser comparado con él”, según reza el lema tomado del Libro de Job que acompaña la portada de la primera edición inglesa de la obra hobbesiana.

La guerra de todos contra todos

Veamos entonces los rasgos generales de esta antropología filosófica desarrollada por Hobbes, fundamento de su teoría del origen del Estado. En la parte del *Leviatán*, titulada “Del Hombre”, Hobbes parte de la idea de que

La Naturaleza ha hecho a los hombres tan iguales en las facultades del cuerpo y de espíritu que, si bien un hombre es, a veces, evidentemente, más fuerte de cuerpo o más sagaz de entendimiento que otro, cuando se considera en conjunto, la diferencia entre hombre y hombre no es tan importante que uno pueda reclamar, a base de ella, para sí mismo, un beneficio cualquiera al que otro pueda aspirar como él.⁶³

Hobbes sugiere que no habiendo diferencias significativas entre los hombres, ni físicas, ni intelectuales, todos nos vemos movidos por las mismas cosas y aspiraciones, es decir, todos queremos y necesitamos lo mismo. Nuestra condición de humanos, nuestra naturaleza, nos impele a reaccionar de cierta manera respecto de los objetos del mundo, más allá de diferencias de sexo, fortaleza o inteligencia. El hombre tiene una tendencia natural a satisfacer necesidades básicas como hambre e inseguridad; pero a diferencia de otros animales se forma creencias en torno a lo que necesita obtener y los medios para lograrlo. Así que, además del instinto o impulso natural, en el hombre hay pasiones y sentimientos, de los cuales es el miedo a la muerte el más poderoso de todos; es este el que se encuentra en el fondo de todas las actitudes y reacciones huma-

⁶³Hobbes, *Leviatán*, p. 100

nas. Sólo el hombre tiene la capacidad de darse cuenta de que la muerte le puede sorprender en cualquier momento, por lo cual concentrará toda su energía e inteligencia en satisfacer sus necesidades inmediatas y en tomar providencias para un futuro siempre incierto.

He aquí el argumento que Hobbes parece defender: si los hombres actúan movidos por sus pasiones, para satisfacer aquello que su naturaleza les demanda y, además, todos los hombres están capacitados para obtener las mismas cosas, podemos concluir que los hombres viven enfrentados los unos a los otros en una competencia sin cuartel. Es claro, sin embargo, que dicha conclusión no se sigue de las premisas. Podemos pensar en una sociedad en la cual se cumplan las condiciones expresadas por Hobbes en torno a la igualdad entre los hombres y al modo como operan en ellos las pasiones y concluir, sin embargo, la tesis contraria, a saber, que los hombres viven en armonía porque cada cual obtiene lo que desea y necesita.

La hipótesis de Hobbes requiere del desarrollo de un supuesto más que le permita arribar a la conclusión del estado de permanente discordia entre los hombres. Este supuesto es que los hombres no se encuentran satisfechos con lo que obtienen porque su naturaleza racional les induce a formarse expectativas. Cualquiera puede conseguir tierra para cultivar, pero quizás alguien obtenga una mejor tierra, y en este caso, es de esperarse que otros intenten arrebatársela su bien, e incluso su vida. Los hombres, entonces no viven tranquilos y en paz los unos con los otros.

Dada esta situación de desconfianza mutua, ningún procedimiento tan razonable existe para que un hombre se proteja a sí mismo, como la anticipación, es decir, el dominar por la fuerza o por la astucia a todos los hombres que pueda, durante el tiempo preciso, hasta que ningún otro poder sea capaz de amenazarle.⁶⁴

⁶⁴ *Ibidem*, p. 101.

Los hombres compiten y desconfían los unos de los otros, pero también aspiran a ser reconocidos, lo que significa que unos se impondrán a otros, convirtiéndose así en enemigos.

En el estado de naturaleza cada uno puede matar a otros; todos tienen ese máximo poder. Ante esa amenaza, todos son iguales (...) Cada uno sabe que cualquiera puede matar a otros. Por lo tanto, cada uno es enemigo y competidor de otros —la célebre *bellum omnium contra omnes*.⁶⁵

De esta manera explica Carl Schmitt el sentido hobbesiano de la condición natural de los hombres. “Estado de naturaleza”, que no corresponde necesariamente a un estadio histórico concreto de la evolución de la sociedad, sino a las condiciones necesarias que explicarían el porqué los hombres se enfrentan unos a otros. Las causas principales por las cuales los hombres viven en conflicto permanente son, de acuerdo con Hobbes: “Primera, la competencia; segunda, la desconfianza; tercera, la gloria.”⁶⁶ La guerra es la “voluntad de lucha” a que da lugar una situación de competencia y desconfianza que hace enemigos a los hombres y dura mientras las fuerzas y las pasiones individuales quieran imponerse las unas a las otras.

El contrato social

Ahora bien, la misma voluntad del hombre que le lleva a pelear, le lleva también a buscar las formas adecuadas para procurar la paz. El miedo y las pasiones inducen a los hombres a buscar una manera más racional de conseguir la seguridad y la tranquilidad. El aspecto racional de la naturaleza humana es fundamental en la teoría de Hobbes. Es en virtud de éste que los hombres ceden voluntariamente el derecho que tienen de gobernarse a sí mismos para establecer un contrato o pacto mediante el cual se comprome-

⁶⁵ Schmitt, *El Leviatán en la doctrina del Estado de Thomas Hobbes*, p. 73.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 102.

ten los unos con los otros: “todos los hombres convienen en que la paz es buena, y que lo son igualmente las vías y los medios para alcanzarla”.⁶⁷ El pacto involucra a todos, ninguno puede mantenerse al margen de éste. Con ello se garantiza que nadie, a título personal, se imponga sobre los demás. El derecho y el poder individual pasan a formar parte de un poder y un derecho que no es de nadie y es de todos.

“Necesidad” y “voluntad” aquí no se contraponen: la necesidad fuerza a un pacto que, dada la condición racional de los hombres, se establece voluntariamente. Es función del Estado legislar y vigilar el cumplimiento de las normas que garantizan la convivencia. El Estado se convierte, así, en el ente supremo, cuya imagen más perspicua es la de un cuerpo, monstruo o personaje mítico que integra las diferentes partes y funciones de la sociedad. Nada hay por encima del poderoso Leviatán. La guerra, que es la irracionalidad, la “animalidad” –los hombres son “lobos de los hombres”– producto de su condición natural, encuentra su límite indispensable en el orden que impone el Estado.

El derecho de guerra

Pero si con la creación del Estado se pone fin a la guerra “de todos contra todos”, esto no implica que se cancele la posibilidad de la guerra, entendida ahora como conflicto militar entre las naciones. Establecido el pacto voluntario, el Estado se instituye en la persona (o la asamblea) que representará a todos los demás y que, por esa razón, posee una serie de derechos que tendrá que ejercer. “De la institución de un Estado derivan todos los derechos y facultades de aquel o aquellos a quienes se confiere el poder soberano por el consentimiento del pueblo reunido.”⁶⁸ Estos derechos establecen el alcance del poder soberano, esto es, los ámbitos de su competencia política y, por ende, los límites a los que se ajusta el ciudadano común una vez que ha cedido su poder individual

⁶⁷Hobbes, *op.cit.*, p. 131.

⁶⁸*Ibidem*, p. 142.

al Leviatán. Pero también, las facultades del soberano para proteger al Estado de las amenazas y agresiones del exterior. Entre ellos se encuentra, ciertamente, el derecho a la guerra: "es inherente a la soberanía el derecho de hacer guerra y paz con otras naciones y estados; es decir, de juzgar cuándo es para el bien público, y qué cantidad de fuerzas deben ser reunidas, armadas y pagadas para ese fin".⁶⁹ En este punto el término "guerra" refiere a los enfrentamientos bélicos que implican el despliegue de ejércitos y la ocurrencia de batallas históricamente determinadas. Los estados se enfrentan entre sí porque les es propio el velar por la seguridad de los ciudadanos que voluntariamente han cedido su poder a un poder superior. Cada una de estas unidades políticas se ve amenazada por otra igual o más poderosa y sólo preparándose para la guerra logran garantizar un equilibrio vital para su existencia. En el nivel de las relaciones entre los estados impera la ley del más fuerte, aquí no hay contrato, ni ley que contenga los enfrentamientos violentos, sólo la disuación ante un enemigo poderoso.

Observamos así que la guerra, la verdadera guerra, cumple una función totalmente diferente a la que cumple en el estado de naturaleza. La "guerra", como término que sintetiza la naturaleza esencialmente conflictiva del ser humano, explica el origen del orden, de la ley al interior del Estado. Por su parte, la guerra entre las naciones es la expresión de la soberanía, no de la ley. Es un estado "natural" en tanto "pre-contractual", dado que por encima de los estados no hay otro Estado que regule sus relaciones, es lo propio de las unidades políticas que han devenido en entidades soberanas. Es, por tanto, un derecho irrenunciable e insoslayable.

En Hobbes encontramos, pues, dos sentidos de la guerra, dos maneras de enfocarla. En el primer sentido, la guerra se explica por la naturaleza humana, en la segunda, por la naturaleza del Estado. Ambas son acordes con una visión realista y, hasta podríamos decir, "descarnada" del hombre y del poder político. Y coherente con este realismo, Hobbes no enjuicia ni justifica la guerra. En el caso de la guerra, como estado de barbarie, no caben las valo-

⁶⁹ *Ibidem*, p. 147.

raciones morales por la sencilla razón de que las pasiones no son ni buenas ni malas, simplemente son. En tanto impulsos naturales, son previos a cualquier clase de consideración moral. En el caso de la guerra entre estados “no hay guerra legal ni paz legal sino únicamente una condición de naturaleza pre y extra-legal de mutuas relaciones de tensión entre los Leviatanes, superada de manera insegura por pactos inestables”.⁷⁰ En efecto, siguiendo la doctrina del Estado de Hobbes, no tiene cabida preguntarnos si hay guerras justas. En cualquiera de los dos sentidos antes referidos, no encontramos los criterios para hacerlo, no porque a Hobbes no le pareciese relevante, sino por una cuestión de coherencia interna de su sistema. Si la naturaleza humana es esencialmente conflictiva, las acciones que de ella se derivan no son moralmente calificables. Hablar de vicios y virtudes y, por ende, de justicia e injusticia, sólo es posible una vez que los hombres han establecido el contrato social. Uno de los deberes del soberano es vigilar que se conserve la paz y la concordia y con este fin promoverá las leyes y las normas que todos deben acatar. En él recae la tarea de decidir sobre las controversias surgidas en el ámbito de las relaciones individuales. Parece claro, entonces, que una preocupación central de Hobbes era mostrar la inviabilidad de las guerras civiles por considerar que éstas operan como proceso involutivo hacia el estado de barbarie. En el caso de las interestatales, Hobbes no muestra el mismo espíritu moderado o conservador. Si bien es cierto que tampoco pueden ser valoradas como justas o injustas, el Estado no puede renunciar a ellas. Un soberano que rehuya el enfrentamiento bélico, sólo puede hacerlo cuando su juicio le indique que en ello hay mayor riesgo para la comunidad que beneficios a ser obtenidos. Sin embargo, la guerra al igual que la paz es un derecho, y en tanto tal, no depende de las consideraciones morales del soberano o de los súbditos si se ejerce o no. Ante una amenaza concreta, la guerra es el recurso legítimo para enfrentarla. La legitimidad no está dada por una ley a la cual se sometan los estados, sino por su propia condición de soberanía.

⁷⁰Schmitt, *op. cit.*, p. 100.

Ahora bien, la teoría del Estado de Hobbes da lugar no sólo a una concepción de la guerra que he intentado bosquejar en este espacio, sino también, partiendo de las mismas tesis, a una concepción de la paz, fundada en el equilibrio y la disuasión.⁷¹ Recordemos que para Hobbes la guerra es un derecho soberano, pero también lo es la paz y es esta condición o estado al que debe aspirar un Estado poderoso. En efecto, se cometería una grave omisión si no consideráramos que, siendo Hobbes un filósofo que le apuesta a la condición racional de los hombres, no confiara en que es esta facultad la que lleva a los individuos y a los estados a mantener alejada la condición de barbarie original. Pero también es cierto que las condiciones de paz entre los Leviatanes, dado su ingente poder, lleva a un proceso de escalación del poderío militar conducente a la paradójica situación de que entre más se aspira a la paz, más dispuesto y preparado se está para la guerra.

Así pues, con Hobbes se consolida una perspectiva moderna de la guerra, es decir, al margen de consideraciones morales y religiosas, convirtiéndose en un claro precursor del pensamiento ilustrado, cuyo último exponente será Von Clausewitz. Se trata, en efecto, de una visión de la guerra acorde con un proceso de transformación del poder feudal, asentado en gran medida en el poder eclesiástico, hacia una nueva forma de poder político. Esta forma de pensar la guerra, si bien es cierto que es atinada en muchos aspectos, es cuestionable en lo relativo al carácter conservador y totalitario de la guerra, emanada de un Estado absolutista. Por una parte consigue arrojar luz sobre la relación, indudable, entre la guerra y el poder del Estado, pero cancela la posibilidad de preguntarnos sobre el carácter legítimo de muchos tipos de guerra que se han librado en todos los tiempos y en las cuales los aspectos relevantes no están referidos solamente a la seguridad y soberanía del Estado.

⁷¹ Para una comparación entre Hobbes y Kant véase el trabajo de Kerste, "Kant y la filosofía política de las relaciones internacionales" (inédito).

Conclusiones

El propósito de haber revisado las tesis anteriores era poder dar cuenta de los distintos elementos que surgen cuando se piensa la guerra a partir de las nociones centrales de la filosofía política, tales como el poder, la soberanía y el Estado. La tarea puede parecer infructuosa por varias razones: una de ellas es que nos topamos con que las distintas tesis presentan un cuadro muy complejo en donde es difícil encontrar los paralelos, las similitudes y el alcance de los desacuerdos. Sin embargo, en los autores que hemos examinado hay elementos suficientes para obtener más de un resultado interesante no sólo en cuanto a las tesis mismas, sino en referencia al problema de la justificación de la guerra.

Como ya habíamos apuntado, en el trabajo de Maquiavelo se refleja de manera clara el momento histórico por el que transita una Italia en desventaja frente a otras naciones europeas. Dicha desventaja se refiere a que si bien las ciudades italianas fueron las primeras en entrar de lleno al Renacimiento en el ámbito de lo artístico, no fue así en cuanto a su evolución política. En efecto,

políticamente el potencial de estos estados subregios era muy limitado. El mosaico de comunas del norte y el centro había dejado lugar a un número menor de tiranías urbanas consolidadas, que se enzarzaron en intrigas y guerras constantes para obtener el predominio sobre Italia. Pero ninguno de los cinco Estados más importantes de la península —Milán, Florencia, Roma y Nápoles— (*sic*) tenía la fuerza suficiente para superar a los otros, y ni siquiera para absorber a los numerosos principados y ciudades menores.⁷²

Esta situación modeló, en gran medida, la teoría política de Maquiavelo. Se trata, sin duda, de una teoría política que aspira a proyectar un tipo de gobierno moderno, consolidado en el poder de un soberano independiente, fuerte y hábil, pero en este proyecto,

⁷²Perry Anderson, *El Estado absolutista*, p. 161.

a diferencia del hobbesiano, no está claramente definida la función del Estado, *i.e.*, “la estructura impersonal de un orden político con estabilidad territorial”.⁷³ A falta de la noción de Estado como ente político en donde se encarna el poder, Maquiavelo opta por un “voluntarismo” soberano que descansa en dos pilares: la ley y la fuerza.

Ahora bien, para que Italia pudiera convertirse en un nación unificada y poderosa tenía que cambiar su concepción del papel de la guerra en la nueva república. Y a esto, como hemos observado, dedicó gran parte de su trabajo el secretario florentino. Si el comercio había marcado el tipo de relaciones entre las naciones, ahora era la guerra, como fuente de poder político y económico el fiel de la balanza que había de decidir las nuevas fronteras. Y al igual que en el comercio, las consideraciones de tipo moral, la justicia o la injusticia, no tienen cabida. Una nación y un soberano pueden ser justos y magnánimos sólo cuando su poder se ha consolidado y sólo cuando ello no ponga en peligro la sobrevivencia y la seguridad nacional: si la seguridad del país depende de la decisión de hacer la guerra, ninguna consideración acerca de la justicia, la crueldad o la gloria, debe prevalecer. Así, el derecho a la guerra es, claramente, un principio autosuficiente que no depende de consideraciones morales y que recae en la figura del príncipe.

Por otra parte, en Hobbes encontramos dos niveles de aproximación al problema. En efecto, este autor introduce los conceptos de pasiones y violencia primigenia a partir de una discusión en torno al origen de la formación del Estado y el derecho. Parece bastante obvio el hecho de que es Hobbes quien inaugura una tradición a la cual se suman otros autores, que encuentran en aspectos de la naturaleza humana el porqué los hombres se enfrentan unos a otros. Pero también es uno de los autores clave para comprender el concepto de guerra moderno, esto es, el que se concibe como derecho soberano, más tarde llamado “derecho nacional”.

Por lo pronto, en relación con el contenido de su primera aproximación a la guerra, tendremos que rescatar algunas ideas intere-

⁷³ *Ibidem*, p. 167.

santes. Para Hobbes la competencia, la desconfianza y el deseo de gloria son necesidades vitales imprescindibles para la sobrevivencia humana; la violencia primigenia es el estado natural del hombre y, por ende, la condición que hace posible el surgimiento de la normatividad y la legalidad, esto es, del Estado. En Hobbes el razonamiento parece correr en la siguiente dirección: hay, en principio, una tendencia a desarrollar y desplegar pasiones que tienen su origen en el miedo, muy ligado al instinto de sobrevivencia y al deseo de posesión. En este estadio, todos los hombres están en igualdad de circunstancias, por lo tanto, todos compiten contra todos. A través de un contrato o acuerdo, al cual se llega por un deseo racional, la competencia salvaje, sin reglas, la “guerra de todos contra todos”, da lugar a la formación del Estado y las leyes. Para el autor del *Leviatán*, el problema a resolver es explicar cómo se origina el Estado, en términos de cuáles son los elementos que lo condicionan y, no por cierto, su origen genético o histórico. Su explicación descansa entonces en una “antropología de la violencia”, misma que vale la pena comentar más extensamente.

Entre los puntos más resaltables está la poderosa imagen que Hobbes logra transmitir de una condición humana no idealizada que aun cuando no corresponda a una etapa específica de la historia humana, podemos reconocer en muchas circunstancias concretas. La imagen del hombre como “lobo del hombre” sigue estando vigente a pesar de la complejidad que han adquirido los modos de enfrentarse y competir de los hombres. Si bien es cierto que no podemos limitar las explicaciones de los conflictos con base en el miedo a la muerte, la competencia, la desconfianza y el deseo de posesión o de gloria, es evidente que estos elementos están presentes y son innegables. Forman parte de un nivel de la explicación que de otra manera no estaría completa. En todo caso, lo objetable en la concepción de Hobbes está en que el Estado emergente es concebido con la misma capacidad de dominio que la barbarie original, otorgándole así poderes absolutos.

Esto nos lleva a la siguiente consideración sobre el segundo sentido o papel que Hobbes confiere a la guerra. Si el Estado es el

producto del acuerdo que pone fin a la barbarie, y la guerra, *i.e.*, la guerra "real" entre los estados o naciones es el recurso que garantiza su existencia, ésta no puede mantenerse al margen de esa legalidad. Es claro entonces que nuestro autor ha efectuado un *tour de force* que tiene como resultado una concepción "totalitaria" de la guerra. Esto es, lo que en el nivel de los individuos se considera indispensable suprimir para el surgimiento del orden y la ley, a nivel de los estados se vuelve un recurso no sólo legítimo, sino racional y necesario. La guerra pasa a ser la fuerza que confiere poder al Estado; en manos del éste ya no es barbarie sino derecho soberano. El "derecho de la guerra" es entonces un concepto político "duro", sobre el cual se asienta el poder del Estado el cual obra de acuerdo con la convicción que le da esa fuerza. Es en este sentido que llamo "totalitaria" a dicha concepción, misma que irá ganando terreno en los tiempos por venir y que sólo verá su decaimiento cuando la propia noción de "Estado absoluto" entre en crisis.

La concepción de la guerra como derecho soberano parece ir ligada a un fenómeno de dimensiones históricas y, en consecuencia, teóricas y filosóficas que determinan, en gran medida, su perfil. Efectivamente, en lo que toca a la dimensión histórica, es necesario llamar la atención sobre el hecho de que tanto Hobbes como Maquiavelo asisten al decaimiento de un orden social a partir del cual irán surgiendo los estados-nación, proceso de conformación que tomará varios siglos. Pero ya el florentino habla del príncipe como el soberano de "la nueva república", y Hobbes se recrea en la imagen de un monstruo todopoderoso, el Leviatán, vislumbrando así el enorme poder del ente político en formación. Ahora bien, el Estado moderno, realidad ingente, imposible de soslayar, necesita de la guerra como el recurso a través del cual se consolida y reafirma frente a otros poderes. "La guerra entretejió la red entre los Estados nación, y la preparación de la guerra creó las estructuras internas al interior de los Estados. Los años alrededor del 1500 fueron cruciales..."⁷⁴

⁷⁴ Charles Tilly, *Coercion, Capital and European States, AD 990-1992*, p. 76.

Pero si la Italia de Maquiavelo tenía que enfrentar el desafío de constituirse en una nación independiente y poderosa, en la Inglaterra de Hobbes ya se había dado la oportunidad de probar que en la guerra contra otras naciones, *i.e.*, en el poderío militar, descansaba, de manera importante, su capacidad de imponerse y desafiar al resto de Europa... incluyendo al Papa.⁷⁵ Fue sobre todo el poderío naval de Inglaterra lo que la consolidó como el gran imperio que fue en los siglos por venir. Pero también al interior llevó a cabo grandes transformaciones políticas que fueron el resultado de guerras civiles sumamente sangrientas. A los ojos de Hobbes, estas guerras quizás tenían el signo de la barbarie a que hizo referencia en su gran obra. No así las guerras entre naciones. No hay en el *Leviatán* algún signo de duda respecto del derecho que tienen las naciones de hacer la guerra o la paz como aquello que les confiere su soberanía. Es "inherente" a ésta el derecho de emprender una guerra o firmar la paz con las naciones enemigas. El problema de la justicia o la injusticia sólo se da al interior del estado, *i.e.*, son las leyes las que, en última instancia, operan como los criterios para decidir quién está en lo justo. Por ende, se trata de un problema entre individuos que no se decide de manera personal, sino en las instancias nacidas del orden civil. Mientras que entre las naciones no operan estos mismos criterios: se hace la guerra porque así lo requiere la seguridad del Estado y no hay sobre de éste otro poder "más grande".

Sin embargo, quedan muchas preguntas sin resolver. La concepción de la guerra como derecho soberano, o como la expresión del poder que debe acompañar a la ley (en el caso de Maquiavelo), deja fuera los conflictos bélicos en donde son otros los aspectos más relevantes. Hay guerras religiosas, de castas, de liberación, etcétera, en las cuales las causas de guerra no se encuentran conectadas de manera directa con la soberanía. No sólo el Estado tiene la prerrogativa del recurso bélico; no sólo la seguridad del Estado es

⁷⁵No obstante, habría que reconocer que el tránsito de la Inglaterra feudal a una nación moderna fue mucho menos difícil que el de otras naciones, en gran medida, debido a su propia configuración político-social, muy distinta a la de Italia. Véase Perry Anderson, *op. cit.*, p. 110.

una causa de guerra. Tanto Hobbes como Maquiavelo colocan a la guerra del lado de quien tiene el poder y está obligado a ejercerlo; sin embargo, la guerra también puede ser el producto del vacío de poder o de la no aceptación de un poder excesivo. Estamos ante concepciones de la guerra que si bien aciertan en su idea general —es difícil negar que la guerra es inherente a la estructura misma del Estado—, sin embargo, mantienen una postura “totalitaria” y conservadora de la guerra que puede ser muy cuestionable.

Se hace necesario cambiar a una perspectiva que enfoque a la guerra como un fenómeno más amplio, en el cual se expresan las contradicciones sociales, que dé cabida a la gran variedad de conflictos que adquieren esa forma particular de dirimirlos. Ahora bien, cuando hablamos de *lo social*, nos referimos a aquello que sirve tanto de vínculo, como de ruptura en un grupo y que no se da sin él. Por ende, habrá que recurrir a conceptos tales como el de intereses y objetivos políticos que le confieren a la guerra una función y una cierta racionalidad, no necesariamente derivadas del derecho soberano e, incluso, contrapuestas a éste.

